

## *Recordando a Julián Marías*

JULIO ALMEIDA \*

# H

acia 1966, cuando me disponía a ingresar en la Universidad, el nombre de Julián Marías era misterioso. Se hablaba de él como autor de una Historia de la Filosofía, discípulo predilecto de Ortega; por supuesto, alguien fuera de la Universidad. Cuando apareció su libro *Meditaciones sobre la sociedad española*, el primero que leí de él, decidí seguir leyéndolo. Había leído algo de Ortega en la Biblioteca pública de Badajoz, entonces en la plaza de Minayo, que me había encantado; pero los dineros eran pocos y la conversación infinita. Haciendo primer curso de Comunes en la Facultad de Filosofía y Letras de Sevilla, a principios de 1967, vi en el tablón de anuncios una convocatoria, un concurso histórico-literario para conmemorar la fiesta de San Isidoro: 30 folios como máximo. Concurrí en marzo, y con “Historia de una constante” —historia de la sociedad, un trabajo à la Durkheim, a quien aún no había leído—, gané las 3.000 pesetas del premio, que invertí en la compra de los nueve tomos de las Obras completas de Ortega. Y Marías vino en seguida, tras el tomo primero, su *Historia de la Filosofía*. Empecé a sentirme mayor de edad. Nunca me han abandonado, o yo les he sido fiel, y leer y releer a ambos ha sido —es— una delicia intelectual interminable.

Pero Julián Marías estaba vivo, para mí sigue estándolo, y no hace falta decir aquí cuánto nos ha ayudado desde su *Antropología metafísica* hasta la serie enorme de artículos y libros que fue pensando y escribiendo para esclarecer lo que podía venir después de 1974. En este año supo anticipar —haciendo uso de su método histórico de generaciones— que en 1976 el 74 se vería extrañamente lejano, como así fue. Según sus cuentas, en 1976 entramos en la historia la generación de los nacidos en torno a 1946, entre 1939 y 1953. Y tampoco hay que insistir en su colaboración excepcional desde que el Rey lo nombró senador real.

Volviendo a mis orígenes, a Julián Marías se lo encontraba uno también como traductor de libros: de Aristóteles y de otros autores en otras lenguas. Tanto en primero como en segundo de Comunes, don Jesús Arellano, catedrático de

---

\* Catedrático E.U. de Sociología. Universidad de Córdoba.

Filosofía, nos daba una lista de libros para que leyéramos uno de ellos. En segundo yo elegí *La crisis de la conciencia europea (1680-1715)*, de Paul Hazard, Ediciones Pegaso, 2ª edición, 1952, cuya portada, por encima del caballo alado, reza “Traducción de Julián Marías”. Aún conservo los cuatro folios del examen oral que hice el 21 de marzo de 1968 con Rafael Rodríguez Sáñez, entonces ayudante, luego catedrático de instituto. Poco después, por mayo, la prensa sevillana anunciaba una conferencia de Marías. Por fin iba a conocerlo. (Fue una suerte para mí que por entonces —yo maestro alfabetizador— no tuviera que dar clase a adultos a las siete de la tarde por disfrutar de tres meses de licencia sin sueldo. Por cierto, durante mi ausencia del Palmar de Troya, una población de inmigrantes granadinos que dependía de Utrera, la Virgen bajó del cielo; parece que se presentó a unas niñas... Por entonces el cardenal Bueno Monreal puso la primera piedra de una iglesia que fundaba memoria e identidad en El Palmar. Estuve presente y saludé por primera y única vez a un cardenal. Pero luego vendría la otra iglesia espuria.)

En mayo de 1968 conocí en persona a Julián Marías, que habló de la Universidad. Presentado por don Francisco López Estrada, nuestro profesor de Literatura Española, habló y al final respondió a algunas preguntas más o menos pertinentes. Cuando un estudiante le planteó si no convenía perder dos años para protestar por el estado de la Universidad, replicó con energía que “dos años son dos años”. Cuando uno es joven, se agradece la invitación a aprovechar el tiempo. Como en aquel momento la Religión seguía siendo materia obligatoria, si bien medianamente obligada, él consideró que era indebida; lo recordé al pasar en el número 127 de *CyR*. Y, sobre todo, fue alentador cuando planteó: “Casi todo el mundo se pregunta: ¿Qué va a pasar? Casi nadie se pregunta: ¿Qué vamos a hacer?” Puede verse la primera página del primer trabajo suyo, “España: una reconquista de la libertad”, en el número 1 de *Cuenta y Razón*. Como se sabe, no pudo ser profesor en la Universidad española hasta 1980, gracias a la intervención, extraordinaria y justa, de Luis González Seara, entonces ministro de Educación, cuando gobernaba la UCD. Su lección inaugural de la “Cátedra José Ortega y Gasset” de Filosofía Española en la Universidad Nacional de Educación a Distancia, versó precisamente sobre “La nueva misión de la Universidad”. Había pasado medio siglo desde la orteguiana Misión de la Universidad; un cuarto desde la muerte del maestro. La meditación del “escritor español y profesor americano” puede leerse en el tomo IX de sus Obras, páginas 667-682.

Ese año de 1980 Julián Marías creó con algunas personalidades españolas y extranjeras la Fundación de Estudios Sociológicos, Fundes, que en los días 15 y 16 de diciembre organizó un Seminario sobre “España y la Comunidad Económica Europea”. El tema me interesaba mucho, asistí y lo saludé con timidez y hasta con temor. En esos días saludé a José Luis Pinillos, a quien pedí que me dirigiera la tesina de Licenciatura y que me ayudó también dirigiéndome la tesis. España se preparaba para ingresar en la organización europea, en la CEE, hoy Unión Europea. Después de seis años en Alemania —adonde fui, ya licenciado en Filosofía, para dar clase a niños españoles—, pensé modestamente que podía colaborar, y escribí mi primer libro: *La escuela española ante la Comunidad Europea*, que publicó Fragua en febrero de 1983.

En aquella ocasión, la timidez no me impidió decirle a don Julián que él había sido para mí antes un mito que persona real. El filósofo calló.

Órgano de la Fundación, a principios de 1981 apareció el primer número de la revista *Cuenta y Razón*, que entonces salía, como ahora, cuatro veces al año, con cada estación. El golpe nefasto del 23-F, un golpe anacrónico que quería ensombrecer los fastos de la democracia recuperada, me hizo escribir una breve nota y se la envié a Marías. Mi nota salió en el número 3, que el número de tres al cielo agrada —dice fray Luis de León—. No me podía creer que mi humilde opinión se publicara en tan noble tribuna, y en noviembre volví con un ensayo sobre Joaquín Costa, cuyo libro *Reconstitución y europeización de España*, de 1900, se había reeditado y me había impresionado. A los pocos días don Julián me escribió una carta que conservo como oro en paño. “Su trabajo es oportuno y con muchas cosas acertadas, y me gustaría que se publicase en nuestra revista; pero quizá convendría que lo revisara —y repensara— un poco.” ¡Caramba!, tuve que sentarme. Luego me aconsejaba que no me dejara dominar por la exageración de Costa y por la depresión del 98, que en aquel momento se justificaba. Discutía afirmaciones de Costa, cuando la historia de España era muy mal conocida. Finalmente: “Creo que si relee usted su ensayo y lo aprieta un poco, con mayor rigor, quedará muy bien y lo publicaremos.” Aunque su carta era personal, recordé algo de ella en *España inteligible* (1985), un libro prodigioso y útil para entendernos. Hice lo que pude, y mi trabajo se publicó en el número 9 de *CyR*.

Entre su obra numerosa y clarividente merece recordarse su artículo “La vegetación del páramo”, incluido en *La devolución de España* (1977). La llegada de la democracia, la devolución de España a los españoles le parecía el acontecimiento más alegre de su vida, según confesaba a Leticia Escardó poco antes de morir. (La transición se hizo bien, pensamos muchos, pero algunos la cuestionan lamentablemente y quieren destejer el tapiz y volver sobre temas y problemas que parecían superados.) Había páramo, sí, pero también vegetación fértil y abundante a disposición de quien quisiera abrevarse. Desde la sociología de la educación solemos insistir en el vasto desierto cultural que hubo hasta los años 50, cuando la mitad de los niños españoles aún carecía de asiento escolar; señalamos el analfabetismo numeroso que subsiste; las elites que no logran penetrar en un cuerpo social de charanga y pandereta que ahora se retroalimenta con una televisión chabacana —una televisión que expulsa o arrincona, uno tras otro, cualquier programa decente—. Pero Marías nos ha enseñado con gran salud que eso es contingente, no necesario; histórico, no natural; voluntario, no congénito. No hay maldición alguna que nos pese y cada uno debe salvar su circunstancia, como propuso Ortega en fórmula feliz en 1914. Y sin embargo, si hasta hace medio siglo tuvimos analfabetos numerosos, tantos excluidos de la cultura letrada en el más estricto sentido —retraso de cincuenta o sesenta años como mínimo, según cálculos de Lerena—, hoy están llegando a la universidad muchachos y muchachas inexplicablemente refractarios a la cultura; son jóvenes que por poco dinero alcanzan un título que puede no tener mayor valor...

El vago azar o las precisas leyes / que rigen este sueño, el universo (dice Borges acordándose de su amigo Alfonso Reyes) me llevaron a Oviedo en 1996, para ver a Marías en el teatro Campoamor recibiendo de manos del Príncipe de Asturias el premio de Comunicación y Humanidades que lleva su nombre. ¡Había que verlo con paso lento dirigirse al atril, a la tribuna! Con paso lento, pero ¡qué gozo oírlo hablar sin un papel, sin una duda, delante del Príncipe, de Adolfo Suárez, de Helmut Kohl...! El doctor Kohl, que oía la traducción simultánea por los auriculares, tal vez aprendería que das Ich, el yo del idealismo alemán, no debe confundirse con el yo ejecutivo —con el yo primero de la fórmula orteguiana—, que no admite artículo.

Desde mis veinte años, he sido lector entusiasta de Marías, cuyos escritos asombran siempre por su rigor y su claridad; cuya obra me parece inexcusable para entender nuestra época. No puedo decir que lo haya frecuentado personalmente, pero lo siento muy próximo. En la lista de libros clásicos que, desde Platón y Aristóteles, podemos recomendar a nuestros estudiantes, los españoles podemos terminar con Ortega, cuya *Rebelión* es de obligada lectura —Ortega todo, declaraba Sartori poco antes de recibir el Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales—. Pero pienso que podemos añadir alguna obra de Marías. Y desde hace años propongo *Persona*, como también *Sobre el hombre*, de Xavier Zubiri, discípulo y maestro, obras españolas que pueden hombrearse, creo, con la *Política del Estagirita*, con las *Lecciones de Hegel*, con *La democracia en América*, con *La división del trabajo social*, con *La ética protestante*, con *El proceso de la civilización*.

La noche del 19 de diciembre de 2005, después de la misa en su memoria en el Real Monasterio de la Encarnación, yo pensaba que al citar a Julián Marías (como a otros grandes) no debíamos decir dijo, sino dice, en presente de indicativo por los siglos de los siglos. Ya se verá. Ello es que al día siguiente, ABC de Córdoba publicó un artículo mío, "Horarios morrocotudos", enviado una semana antes, donde mi verbo en presente, "como dice J.M.", salió en pretérito por obra de alguna mano excesivamente celosa: "Estamos ante niños huérfanos de padres vivos, como decía Julián Marías." No: decía no consueña con Marías. Yo creo que seguirá vivo para siempre. Por lo demás, ¡ojalá desaparezcan pronto esos padres tan extraños que no se ocupan de su prole!